

DEL PORQUÉ NO ME GUSTAN LOS LIBROS

Helen Hernández Páez

A Andrés Leal



Dijo Borges una vez, que imaginaba el paraíso como una especie de biblioteca, de esas en las cuales trabajó, visitó y escribió. A decir verdad, no encuentro lógica en esa sentencia ¿Biblioteca paradisiaca? ¡Qué testarudez! El paraíso debiere ser un espacio provisto de los mayores placeres; un paraíso de nuez o chocolate, de aguardiente o ron, de almejas o camellos. Una biblioteca me es inconcebible como un paraíso, se, suena bonito, intelectual y hasta extravagante, pero, mi entrañable Borges, aquello es una falacia. ¿Quién quisiera una biblioteca habitar? ¿Quién encontrarse con un libro quiere, cuando nunca se consumen completamente ni se acaban, y sólo –según

Paúl Valery- se dejan?

Un libro pesa mucho. Ver a alguien con su maleta llena de libros es, una escena irrisoria y descabellada ¡Tanto peso! prefiero cargar ropa o tacones o, sin llegar a exagerar, llevar ladrillos que sirven más. Los libros se arrugan, se rompen y si se mojan se dañan. Los libros pesan tanto y tanto, y más aún en la cabeza, en el cuerpo, en el espíritu. ¿Qué sentido tiene entristecerse por la ternura de Asterión y su desmesurada soledad, y sentirla propia, más propia del aquel que vivo una casa infinita? ¡Ausencia! ¡Melancolía! ¡Soledad! ¿Quién lo quisiera? Si Shakespeare fue un dramaturgo truculento, un narrador fiel de la muerte ¿Para qué leerlo? Los libros pesan mucho; hay ilusos que, lo poco que ganan se lo gastan en eso, los guardan y los atesoran como si fueran de oro. Por mi parte, prefiero tener papel moneda en mis bolsillos que papel impreso en mi memoria. Los libros son muy costosos y luego de comprados, se devalúan hasta quedar en cero. Si comprase Gargantúa y Pantagruel ¿Quién dispuesto estaría de otra cosa darme? Aceptaría un banquete con vino, o jamones de Maguncia y de Bayona, lenguas de buey ahumadas, morcillas y pescado en vinagre. O si llegase a Bomarzo, ¿Quién luego me lo compraría? Quizá Manuel Mujica Láinez, o Pier Francesco Orsini, pero no, los muertos ya no leen. Tendría luego que conservarlos, sentir su olor y textura, apilarlos en algún bártulo o anaquel, en el cual, en cambio, podría tener floreros o la última colección de revistas para

el hogar; los libros, además de ser onerosos, son un estorbo, objetos de mal gusto para decorar una sala de estar.

No comprendo por qué Mallarmé una vez escribió que el mundo existe para llegar a un libro, como si en realidad gustasen puñetazos en la cara, o hachazos en la cabeza que nos dejen estaqueados en la mitad del patio y rompan el helado mar que habita adentro. Los libros son absurdos y en fondo algo sádicos. Con razón, el universo (que otros llaman biblioteca) es siempre, un lugar solitario y perfectamente inmóvil; compuesto de corredores, escaleras y galerías hexagonales, todo lo menos semejante al paraíso. Las bibliotecas son trágicas, habitadas por espejismos e imágenes fantasmagóricas de muertos que belleza alguna no poseen. Borges por obcecado vivió en un lugar desértico; él, solo él, envejeció con volúmenes horridos que fijamente lo miraron y le recordaron que juntos el mismo destino les esperaba: ellos devorados por las polillas y él por los gusanos ¿Para qué entonces molestarnos en leer?

Me desperté, era de día y seguía viva. Quizá renuncie a los libros - pensé- y desde entonces, eso hice.

"LA LITERATURA NO ES OTRA COSA QUE UN SUEÑO DIRIGIDO"
-jorge luis borges